

La investigación social en la era del internet: Una aproximación epistemológica

*Jaime Romero de la Luz**

Resumen

Este trabajo pretende poner en discusión la relación entre la investigación social, los procesos de construcción del conocimiento y la intersubjetividad en la era del internet. Se propone una mirada crítica a los procesos de digitalización de la vida social y, del mismo modo, a la relación intersubjetiva que posibilita el acto de investigar en las ciencias sociales. En la primera parte se reflexiona sobre la relación entre teoría y realidad en los tiempos del internet y las redes sociales; abordando categorías como realidad digital, *fake news* y posverdad, entre otras. En la siguiente parte se exploran los asuntos de la relación indisoluble entre espacio-tiempo en la era digital; cosa que ha sido superada o, al menos, puesta en crisis en las formas de relacionarnos en las redes sociales. En el tercer momento se abre la discusión a los asuntos de la subjetividad que se construye a través de los aparatos de comunicación digital, llegando a la propuesta de repensar los asuntos de la intersubjetividad y bosquejar eso que llamamos en este trabajo “subjetividades interconectadas”. Todo esto teniendo como eje común los asuntos propios de la investigación social en el mundo contemporáneo, donde el internet ha ganado terreno en todas direcciones.

* Docente investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [jromerol@correo.xoc.uam.mx] / ORCID: [<https://orcid.org/0000-0001-8336-5483>].

Palabras clave: investigación social, subjetividad interconectada, TIC, era digital.

Abstract

This paper aims to discuss the relationship between social research, knowledge construction processes, and intersubjectivity in the Internet age. It proposes a critical look at the processes of digitalization of social life and, similarly, at the intersubjective relationship that enables the act of research in the social sciences. The first part reflects on the relationship between theory and reality in the age of the internet and social media, addressing categories such as digital reality, fake news, and post-truth, among others. The following part explores the inextricable relationship between space and time in the digital age, something that has been overcome or, at least, challenged in the ways we relate to each other on social media. The third part opens the discussion to the issues of subjectivity constructed through digital communication devices, leading to the proposal to rethink the issues of intersubjectivity and outline what we call in this paper “interconnected subjectivities”. All of this has as a common thread the issues inherent to social research in the contemporary world, where the internet has gained ground in all directions.

Keywords: Social research, interconnected subjectivity, ICTs, digital age.

Presentación

El mundo ya no es el mismo desde hace poco más de dos décadas. Los avances tecnológicos se han dado a una velocidad sin precedentes. Las redes sociales como Facebook, Instagram y Twitter, por mencionar las más famosas, se instalaron como los principales medios de socialización y comunicación. Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) se han posicionado a pasos agigantados, no sólo en los sectores de la vida cotidiana, sino también

en los asuntos académicos y, por ende, en los asuntos de la investigación social.

El imaginario del intelectual metido en la biblioteca con una pila de libros al lado, haciendo notas sobre un cuadernillo o transcribiendo largas entrevistas, poniendo pausa a su grabadora, son una cosa del pasado. Ulrich Richter Morales señala: “la red produjo la sociedad de la información y se volvió el lugar de encuentro de todas las tecnologías básicas de la comunicación: audiovisuales, educativas, transmisión de textos, prensa digital, comercio digital, etcétera” (Richter Morales, 2018: 59). El internet es el representante y concentrador de todas las TIC contemporáneas, como señala Richter Morales. No se pretende hacer un estudio de su evolución hasta nuestros días, sólo diremos que, desde mediados de la década de 1990, hemos transitado de la transmisión analógica hacia la modulación por impulsos codificados en la tecnología, lo que dio pauta al uso universalizado del código binario, estableciendo así a los *datos* como el lenguaje principal en los quehaceres de la información y la comunicación. Pero, para su cristalización y comercialización, se necesitaba un dispositivo portátil. En un teléfono celular se tiene grabadora de audio, cámara fotográfica y un sinnúmero de aplicaciones más.

La nanotecnología hizo posible el sueño de trastocar las nociones de tiempo y espacio en microchips de mayor capacidad de almacenamiento y menor tamaño. El sentido material del internet pasa por cuestiones concretas y físicas como tener acceso a un dispositivo celular o a una computadora o, inclusive, al propio servicio de conectividad. En la práctica del estudiante o del investigador, por múltiples razones, el acceso a la conectividad se ha vuelto indispensable. De esta manera, la investigación social no se puede quedar anclada en las viejas prácticas del pasado. Es nuestro deber, como investigadores o investigadoras, innovarse en los terrenos digitales. De esta misma manera, habrá que pensar que el internet, sobre todo en el área social, no debe considerarse sólo una herramienta inofensiva, sino parte constitutiva de las relaciones sociales.

Werner Herzog, en un documental titulado *Lo and Behold. Sueños de un mundo conectado*, señala que el internet tiene un poder

inimaginable sobre nuestras conciencias; es algo que usamos, pero que no comprendemos en su totalidad. Advierte que creemos que usamos el internet pero que, en realidad, el internet nos usa. Esta sentencia, de alguna manera, parece reconocer *vida propia* en el fenómeno del internet, desplazándolo de su concepción meramente instrumental. En el terreno de las ciencias sociales, esto tiene consecuencias en las prácticas de la investigación, ya que trastoca las formas tradicionales de entender al sujeto.

Las clases sincrónicas, asincrónicas y mixtas han alterado la lineal e inseparable concepción del tiempo y el espacio en los asuntos académicos y, del mismo modo, en los procesos de la investigación social. Los fondos de la realidad virtual median la relación sujeto-objeto en los terrenos del conocimiento. El trabajo de campo en la investigación social, que requiere la presencia del investigador, poco a poco se ha ido diluyendo con la mediación de las TIC. El divorcio entre teoría y realidad se recrudeció en los momentos más álgidos de la pandemia. En la UAM-Xochimilco, por ejemplo, como en muchas otras universidades, se giró la invitación a los estudiantes de diferentes licenciaturas para que los trabajos de investigación fueran de carácter documental, es decir, sin el riesgo latente de contagiar o contagiarse en el campo. Medida prudente, claro está. Pero ¿cómo investigar sin salir de casa, sin tener contacto con los actores y sus problemáticas reales? Los asuntos de la virtualidad se hicieron imprescindibles.

No podemos dejar pasar por alto el pensamiento zemelmaniano en lo que refiere al acto de resignificar las TIC en la investigación social. Zemelman afirma: “la necesidad de resignificar surge precisamente por el desajuste entre teoría y realidad. Pero ¿por qué el desajuste? Por algo elemental: el ritmo de la realidad no es el ritmo de la construcción conceptual” (Zemelman, 2021: 1). Este problema epistemológico es evidente, sobre todo, en las ciencias sociales producidas en el ámbito académico. La investigación social como parte de un proceso formativo tiene el vicio, al menos en nuestra experiencia docente, de reproducir conocimientos y repetir conceptos, más que producirlos y reinventarlos para que sean capaces de nombrar la

realidad cambiante que se estudia. Ya no se diga, realizar el esfuerzo de transformarla. La resignificación del internet en la investigación social de nuestro tiempo, de alguna manera, nos invita a repensar críticamente la finalidad epistémica, política y cultural de los procesos de investigar que involucran las tensiones entre la teoría, la realidad y los sujetos que la habitan.

La relación entre teoría y realidad en la era digital: una aproximación epistemológica

Pasada la sacudida de la pandemia, conforme las cosas se fueron normalizando, el uso del internet ya se había instalado en la vida cotidiana de manera significativa. La interacción social en casi todos los momentos de la vida académica se vio ceñida con reuniones de todo tipo a través de la red. El cara a cara que propicia la construcción social de la realidad en un entramado de subjetividades cambió por fotografías, estados de ánimo y filtros como fondos de pantalla que emulan lo presencial. Berger y Luckmann declaran: “en la situación *cara a cara* el otro es completamente real. Esta realidad es parte de la realidad total de la vida cotidiana y, en cuanto tal, masiva e imperiosa” (Berger y Luckmann, 2006: 45). Esa “realidad total” de la que hablan los autores fue llevada a otros planos en la era de la virtualidad. Estar sin estar. Mente y cuerpo fueron disociados por la distancia quebrada del aquí y el ahora; en la alteración del tiempo y el espacio como punto de encuentro con los otros y, sobre todo, en el desdibujamiento de la frontera entre “lo real” y “lo virtual” de forma decisiva. De esta manera, la realidad –tal como la definirían estos autores– estaría trastocada por el somnífero efecto de la virtualidad que parafrasea un encuentro cara a cara, pero nunca lo realiza o lo concreta en la mirada frente a frente. Las discusiones sobre la realidad habían superado su carácter subjetivo, existencial y material, para exigir una consideración en el plano de lo digital.

La producción del conocimiento teórico se vio rebasada por la velocidad de los tiempos digitales. Conceptos, categorías y nociones

teóricas se han ido cayendo poco a poco del terreno que la razón construyó en la modernidad. Reconocer el carácter histórico de la producción de la teoría es vital en el campo de las ciencias sociales. No podemos seguir explicando la realidad contemporánea con teorías que no vieron la explosión de la era digital que vivimos hoy día. Esto no quiere decir que debemos desechar, por ejemplo, la visión teórica de los clásicos sobre el sujeto, el espacio o el tiempo, sino que habrá que comprenderlos a la luz de este nuevo acontecimiento que coloca al internet no sólo como una mera herramienta de investigación, sino en su capacidad de producir realidades y sujetos en la virtualidad.

El problema de “lo virtual” en el campo del conocimiento es, al final de cuentas, un desajuste en la concepción de la velocidad de los tiempos con la que se mueve la realidad y su teorización. Ya que “un pensamiento teórico es un pensamiento que hace afirmaciones sobre lo real” (Zemelman, 2021: 4). Si vamos más lejos, podríamos decir que dicho desajuste —además de lo que propone Zemelman— pasa por otra tensión: el desvanecimiento de lo concreto en los terrenos de la realidad.

La configuración de la realidad mediada por *lo digital* pone en crisis a las formas tradicionales de hacer teoría o teorizar sobre los fenómenos de la realidad social. La validación de la teoría ya no sólo pasa por un problema epistémico o político (Foucault, 2005), sino también por el de flujo de información. El conocimiento científico ha sufrido resquebrajamientos en el orden de su validez, no tanto metodológica o epistémica como lo plantea Zemelman, sino en el orden de su veracidad, ya que hay otro fenómeno que se hace presente en los asuntos del internet: las *fake news*. Dice Marc Amorós García: “las *fake news* son informaciones falsas diseñadas para hacerse pasar por noticias con el objetivo de difundir un engaño o una desinformación deliberada para obtener un fin político o financiero” (Amorós García, 2018: 35). Además de las noticias o informaciones falsas —como señala este autor—, aparece otro fenómeno que no podemos dejar pasar en los quehaceres de la investigación: la sobreinformación.

En las décadas pasadas, tener acceso a un libro era casi un privilegio. En la actualidad, en la red hay un mundo de información de todo tipo. La libre circulación de obras completas en versiones digitales produce el efecto de un nuevo orden en el aspecto social del conocimiento. No hay filtros bien definidos, al menos no en las plataformas de búsqueda, para diferenciar la información “verdadera” de la “falsa”. En la era digital, la desinformación es por exceso y no por privación. No es preciso ni urgente, para este trabajo, hacer una diferenciación profunda entre información (propia del internet) y conocimiento (propio del acto de investigar), pero sí habrá que reconocer que los problemas de la legitimidad entre la información y el conocimiento están anclados a las exigencias de su uso cotidiano. ¿Quién no ha googleado algún concepto o alguna instrucción sobre algún problema concreto? Para tener acceso a la información basta con dar un clic.

Aunque los procesos de la investigación social se han encargado de no poner en el mismo saco la información, el conocimiento y la teoría en los asuntos de la verdad o de su búsqueda, el internet tiene la capacidad de concentrar todo tipo de información, sin discriminación en el *big data*. Los asuntos de *la verdad* a la que tanto han aspirado las ciencias sociales y la filosofía desde los griegos, sin conseguirlo (sin ejercer el poder), ahora se ven cada vez más cerca o, al menos, se ha creado una ruta fascinante para su validación matemática.

La *verdad digital* es posible en la transfiguración de las imágenes, de los deseos y de las acciones sociales en datos. Algoritmos capaces de medir casi con exactitud nuestro comportamiento en la red nos hace pensar en la tremenda capacidad que tiene ésta de producir un nuevo paradigma en la búsqueda del conocimiento y su verdad. La inteligencia artificial se hace cada vez más presente en los asuntos pragmáticos del conocimiento o, al menos, en su dimensión pragmática. La aplicación del conocimiento en manos de la inteligencia artificial tiende a instalarse en las necesidades efímeras de la sociedad contemporánea (Bauman, 2003), pero también en las más vitales, como son la salud, la justicia y las relaciones sociales, por enunciar algunas.

La realidad objetiva en la investigación social, desde la mirada de Fals Borda (1978), se realiza en el momento de pasar de “las cosas en sí” a “las cosas para nosotros”. El juego de lo social, donde se reconoce el carácter histórico de la construcción social de la realidad, no se da en su aislamiento, sino en su relación con el otro. No obstante, ese “otro” del que tenemos evidencia histórica ha sufrido transformaciones verificables en su comportamiento social e intelectual a través del internet. Así como el alfabeto cambió el rumbo de la historia del conocimiento al plasmarlo en la palabra escrita, los asuntos de la virtualidad han trastocado las concepciones clásicas de hacer investigación social en la era del internet.

Regresando a los terrenos de la verdad científica, propia del interés de la investigación social y sus aportes a la teoría, Gadamer (1998) ponía en evidencia que a medida que los métodos científicos se iban extendiendo hacia todo lo existente, el alcance de la verdad era cada vez más dudoso. Sin embargo, el mismo Gadamer sostiene que “la verdadera ciencia no es la ciencia natural, mucho menos la historia, sino la matemática. Porque su objeto es un ser puramente racional y como tal es modelo de toda ciencia porque se puede representar en un contexto deductivo cerrado” (Gadamer, 1998: 54).

La dimensión matemática de lo social, en los terrenos de la investigación bajo el paradigma digital, aspiraría no a la verdad heideggeriana que se asombra del desocultamiento, sino al de la exactitud matemática que producen las estadísticas del *big data*. En este sentido, la tensión entre teoría y realidad en la era digital se ve reflejada en su capacidad de ser verificable, mas no en su comprensión. La certeza gadameriana que se construye a través del método científico, a través de la capacidad técnica y tecnológica que presupone el internet, se ve más que satisfecha en los designios de la programación digital. El pragmatismo del pensamiento de la revolución industrial regresa con más fuerza en la sociedad contemporánea, aferrándose a una verdad totalizante en el *big data*. La verdad subjetiva, que produce parcialidades, se ve sometida al escrutinio de lo que algunos llaman posverdad. No en los hechos de la realidad social que exige presencia física, el cara a cara de Berger y Luckmann, sino en los datos que

miden tendencias y que construyen una *realidad al gusto*. La verdad matemática al servicio de la complacencia.

Stephens-Davidowitz afirma: “en la era predigital, la gente ocultaba sus pensamientos vergonzosos a otra gente. En la era digital, siguen ocultándolos a otra gente, pero no en internet y en particular en sitios como Google o PornHub, que protegen su anonimato” (Stephens-Davidowitz, 2019: 67-68). Para los asuntos de la investigación social de nuestro tiempo, los datos que arrojaban la investigación en la red significaron una sacudida en sus aspiraciones científicas. Pues el internet ha sido capaz de explorar en el mundo más abierto y conectado con el que soñaba Mark Zuckerberg (Morozov, 2018: 12), y desocultar los asuntos de la verdad digital en los macrodatos. Continuando con Stephens-Davidowitz: “Los macrodatos nos permiten ver finalmente qué quiere y qué hace la gente en realidad, no qué dice que quiere y que hace. *Proporcionar datos honestos es la segunda capacidad de los macrodatos*” (2018: 68). Si fuera cierto lo que afirma este autor, en la investigación social no se necesitarían ni elaborar engorrosas encuestas o entrevistas a profundidad que tengan que ser pasadas por el filtro de la veracidad del testigo (Arfutch, 2002), sino por los algoritmos de alguna plataforma programada para esa tarea. El poder que significa tener acceso al control de los deseos o aspiraciones de la sociedad suplanta a la búsqueda de la verdad en los procesos de la construcción del conocimiento.

No es que el internet haya encontrado el hilo negro del saber y ahora estemos más cerca de la verdad. Para nada; todo lo contrario. Los usos de los datos pueden crear tendencias con fines políticos o empresariales muy alejados de la realidad. Además, por si fuera poco, está el asunto del *ser vigilados* como parte de un mecanismo de control que ya vaticinó George Orwell con su novela *1984*. Lo que nos lleva a pensar en la cuestión de la vigilancia digital establecida públicamente en la pandemia. Sobre esto, Byung-Chul Han señala: “en China no hay ningún momento de la vida cotidiana que no esté sometido a observación. Se controla cada clic, cada compra, cada contacto, cada actividad en las redes sociales” (Han, 2020: 100). El acto de investigar en estos terrenos también se relaciona con la vigilancia

digital que ha operativizado el internet. Nuestro comportamiento puede ser monitoreado en las redes sociales; eso, sin mencionar las cámaras de seguridad, los drones y una gran diversidad de aplicaciones que han sido capaces de derribar los muros que dividían, o al menos dibujaban, las esferas de lo público y lo privado.

En la era digital, el poder es tecnológico y se basa en el poderío de los datos. José María Lasalle, en su libro *Ciberleviatán*, menciona: “el poder ya no necesita teorías que lo legitimen. Tampoco conceptos que lo expliquen. El poder necesita algoritmos” (Lasalle, 2019: 22). Los algoritmos reconfiguran y ordenan la realidad, desplegando una legislación paralela, una soberanía matemática que gobierna el mundo contemporáneo. Si en algún momento de la historia se pensó que el conocimiento científico era poder, en la era digital se termina por desplomar esa idea. Con los alcances del internet, se pone en evidencia la imperiosa necesidad de cuestionarnos sobre los arcaicos modelos de validación científica en el campo de la investigación social. La tarea será —creemos— más que aumentar la velocidad con que se produce teoría para que se empate con la realidad —como propusiera Zemelman—, reconocer que el tiempo y el espacio en la era digital nos proponen otras formas de entender las relaciones sociales más allá del cara a cara. Habrá que reconocer que, de alguna manera, la virtualidad nos permitió seguir socializando digitalmente en la pandemia y no morir en el aislamiento o, peor aún, por obra del contagio. La antiquísima relación entre la teoría y la realidad en la investigación social ya no sucede únicamente en algún lugar o cultura o sociedad, sino también en los territorios de la virtualidad o, más precisamente, en el territorio virtual.

Concepciones del tiempo y del espacio en los territorios del internet

La investigación social no se da en el aire ni en la eternidad. Espacio y tiempo se conjugan para dar realidad material a las prácticas sociales. Los lugares, los territorios y el espacio geográfico, gozando

de una gran pluralidad en su constitución cultural, siguen presentes en toda su magnificencia, pero no así la representación y comunicación de sus prácticas a través de la red. Los asuntos de la virtualidad propios del internet, en términos comunes, pasan por la ausencia de algo que potencialmente estaría presente, tangible e innegable en su realización material que constatan los sentidos. Al respecto, expresa Pierre Lévy: “una comunidad virtual, por ejemplo, puede organizarse sobre una base de afinidades a través de sistemas telemáticos de comunicación. Sus miembros están unidos por los mismos focos de interés, los mismos problemas: la geografía, contingente, deja de ser un punto de partida y un obstáculo” (Lévy, 1999: 14).

La separación del aquí y el ahora rompe con la idea tradicional de concebir tiempo y espacio de forma lineal. Como una representación radical de la presencia, es posible crear comunidad estando en cualquier lugar o en ninguna parte. Es más fácil, rápido y factible entrar en contacto con alguien al otro lado del continente que con alguien que salió de compras y olvidó su teléfono celular. Es perfectamente posible estar en varios lugares a la vez sin estar en ninguno. Una entrevista de investigación, por ejemplo, puede tener lugar en una plataforma digital mientras el entrevistado viaja en autobús. Para realizar una interacción social no se requiere el mínimo esfuerzo por desplazarse; sin embargo, la relación social es posible. Continúa Lévy: “cuando una persona, una colectividad, un acto, una información se virtualizan, se colocan ‘fuera de ahí’, se desterritorializan. Una especie de desconexión los separa del espacio físico o geográfico ordinario y de la temporalidad del reloj y del calendario” (1999: 14).

De la misma manera que el conocimiento a través de la oralidad se resistió a perderse en el tiempo y el espacio con la escritura, la virtualidad permite que los acontecimientos sucedidos en algún lugar geográfico tengan presencia en el internet. Aunque parezca broma, las generaciones nacidas en la era digital prefieren comunicarse a través de alguna red social, que levantarse y cruzar el pasillo que separa sus habitaciones para tocar la puerta del *roomie* y hablar. La desterritorialización de la que habla Lévy no tiene que ver con las fronteras ni con el derecho a la tierra, sino con el abandonarse a la virtuali-

dad como la nueva tierra prometida. En este caso, la sincronización (cuestiones del tiempo) y la interconexión (asuntos del espacio) serían las nuevas expresiones para conseguir la socialización o el encuentro en la era del internet.

Las TIC incorporadas a la investigación social dan apertura a nuevas formas de practicar el espacio. La noción del tiempo en la virtualidad nos coloca frente a algo muy parecido a la eternidad del soñador mientras duerme. No tiene que ver con la velocidad de movimiento, sino con la negación del *continuum* newtoniano que ya antes se había puesto en crisis bajo el trabajo de Einstein en la física cuántica. Entre las formas más antañas de medir el tiempo o tener evidencia de su transcurrir, podemos pensar en las civilizaciones ocupadas del movimiento del sol, de la luna y de las estrellas (Elias, 1989). La observación directa, en la era digital, es potenciada por aplicaciones o dispositivos que median la mirada del observador. La realidad es más real cuando los algoritmos la impregnan de verdad digital.

Por otro lado, la sociedad contemporánea ha sido capaz de *liberarse* de las ataduras del mundo concreto, donde la difusión del conocimiento tenía otro ritmo. A través del flujo de datos, la información se difunde masivamente en cuestión de horas. La difusión de la teoría ha encontrado una ruta de escape del claustro que en ciertas épocas significó la universidad o los centros de investigación. Aunque esto trae consigo los problemas de lo efímero y lo fugaz del conocimiento en la red. Paradójicamente, lo efímero y lo fugaz son partes constitutivas de la eternidad. Parafraseando a Jorge Luis Borges en *El libro de arena*, podríamos decir que si el espacio es infinito y el tiempo es infinito, entonces, podríamos estar en cualquier parte y en cualquier lugar. Afirma Castells:

Este tiempo lineal, irreversible, medible y predecible se está haciendo pedazos en la sociedad red, en un movimiento de significado histórico extraordinario. Pero no sólo estamos siendo testigos de una relativización del tiempo según contextos sociales o, de forma alternativa, del regreso al carácter reversible del tiempo, como si la realidad pudiera

capturarse enteramente en mitos cíclicos. La transformación es más profunda: es la mezcla de tiempos para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente sino incurrente: el tiempo atemporal, utilizando la tecnología para escapar de los contextos de su existencia y apropiarse selectivamente de cualquier valor que cada contexto pueda ofrecer al presente eterno (Castells, 2000: 512).

La noción teórica de tiempo atemporal y los espacios de flujo de los que se sirve Castells son un esfuerzo que anticipa una propuesta metodológica ante lo inédito de la sociedad red, como él la llama. A través de la nanotecnología, las representaciones del tiempo y el espacio han sido comprimidas en un microchip hasta perder el rastro de alguna evidencia física. El eterno presente del que habla Castells no entierra al pasado, sino que lo reconfigura en ciclos que se repiten aleatoriamente como si siempre fuera la primera vez. La imposibilidad de que el agua pase dos veces por el mismo río se hace posible en la automatización de la realidad virtual en la era digital. Si los cuerpos, los objetos y las acciones son comprimidas en datos, siguiendo con la analogía del río, el agua pasará cíclicamente por el mismo río en flujos de sentido por aquí y por allá. El tiempo de lo físico y el tiempo de lo social comprimidos advierten un nuevo no lugar digital. Dice David Harvey:

la compresión espacio-temporal es un signo de la intensidad de fuerzas que confluyen en este nudo de contradicciones, y bien puede suceder que las crisis de la hiperacumulación así como las crisis de las formas políticas y culturales estén fuertemente conectadas con esas fuerzas (Harvey, 1998: 286).

Una de las expresiones de la compresión espacio-temporal son los *smartphones*. Lo tienen todo y caben en la palma de la mano. El proyector, la computadora de escritorio, las diapositivas, la cámara fotográfica, la grabadora de voz, todo ha quedado en el olvido que, insistimos, sólo es posible en el mundo físico. La gran capacidad de

acumulación de contenido que tiene la red es infinita. Las llamadas TIC cobran nuevos sentidos en los quehaceres de la investigación social. En tiempos pasados, los conquistadores de nuevas tierras o en las dictaduras quemaban la producción cultural de los pueblos conquistados para borrar su memoria histórica, su identidad, sus saberes. Con la dictadura digital sobre el mundo físico, sucede lo contrario. La memoria, la identidad y los deseos son extraviados en el hiperespacio digital. Pero nada se borra. Todo permanece en el eterno presente.

Decir todo también significa decir nada. Es entonces que podemos pensar en una nueva forma de concebir un *no lugar* en la gran aldea digital. Estar sin estar. Diferente a los espacios del anonimato (Augé, 1993); también diferente a los lugares fuera del mapa por no estar ubicados en la esfera del consumo (Bauman, 2019). Los intereses de la investigación social, en las concepciones del tiempo y del espacio, no pueden cerrar los ojos al carácter estructurante del internet sobre las nuevas subjetividades. Las relaciones sociales en la era digital son fugaces y efímeras. O tal vez siempre lo fueron y vivimos engañados, esclavos de nuestro propio miedo a la soledad o a la muerte.

Dilemas de la subjetividad en la era digital

Bajo la premisa de que la subjetividad es un proceso en devenir, donde el sujeto se constituye a través de su experiencia vivida y da sentido a sus creencias, ideologías, formas de pensar y proceder en el mundo, pensaremos en las nuevas formas de relacionarnos como sociedad, para producir conocimiento en la era del internet.

El encierro, la soledad y la incertidumbre como una experiencia de la pandemia que acabamos de vivir, tuvieron consecuencias en nuestros modos de socialización. Además de la interacción cara a cara que precisa la presencia de los cuerpos, están los asuntos del lenguaje en nuestras formas de comunicarnos. El pensamiento no se expresa con palabras, sino que, más bien, se hace evidente y se da cuenta de sí mismo a través de ellas. El pensamiento es de carácter

social (Vygotsky, 2013); algo que nos conecta intersubjetivamente y, de alguna manera, en la experiencia cotidiana de vivir. Berger y Luckmann exponen: “la realidad de la vida cotidiana se me presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que compartimos con otros” (2006: 38). Se puede estar en soledad, sin necesidad del otro o, incluso, odiándolo, pero no podemos negarlo hasta su completa desaparición. Somos seres sociales que necesitamos comunicarnos e interactuar continuamente. Incluso, como dijera Aristóteles ya hace mucho tiempo, el hombre es un animal social por naturaleza porque necesita del otro para poder sobrevivir (Aristóteles, 1998). Con la llegada del internet, no hay ningún impedimento para que estemos en contacto, superando tiempo y espacio en nuestras interacciones. Pero no sucede un encuentro cara a cara total. Al contrario, se ha producido una hipercomunicación que, como señala Byung-Chul Han en una entrevista para la revista *Psychopolitics* (2020), destruye las relaciones sociales o, al menos, las transfigura. Se elimina la distancia, pero también se elimina la cercanía de lo personal. La socialización a través de la red no sucede ni en la mente ni en el espacio real. La red no es un lugar específico. Ni el tiempo ni el espacio cobran sentido. Si el amigo imaginario habita la mente como parte de un sueño o una fantasía, el amigo virtual habita la red como parte de una realidad soñada en datos. El tiempo y el espacio han sido alterados y, por consecuencia, también la idea de sujeto que predomina o, mejor dicho, que había predominado en el ambiente científico de la modernidad. Manfred Spitzer, desde el campo de la neuropsiquiatría, afirma: “La orientación *temporal, espacial y personal* se contarían entre nuestras capacidades intelectuales básicas; en pacientes con demencia, van mermando en este orden: tiempo, lugar, persona” (Spitzer, 2013: 42). Si bien no podemos considerar a la vida *on line* una especie de demencia y mucho menos un catalizador de ésta, sí se podría pensar, desde el plano filosófico y social, una alteración de la realidad en el plano de lo virtual; del curso del tiempo y del espacio, donde se posibilitan los encuentros.

La presencia de los cuerpos en el cara a cara o en contacto con el mundo ha sido llevada a otros terrenos en la era del internet. La

intersubjetividad que precisa del encuentro entre los sujetos ya no pasa directamente por la mirada o el lenguaje con toda su carga simbólica y anímica. Ni hablar del contacto físico en un lugar y tiempo determinado. En el tiempo actual, ya no hablaremos solamente de intersubjetividad, sino también de subjetividades interconectadas por algún medio digital. Los escenarios de la virtualidad nos anclan en el insatisfecho deseo del otro como yo mismo. Un narcisismo exacerbado sin precedentes que se expresa en la manía de las *selfies*, los *likes* y otras expresiones de un *yo* encerrado en sus adentros, sin la posibilidad de aspirar hacia un *nosotros*. Esto, por supuesto, tiene consecuencias en las relaciones que se establecen al momento de hacer investigación social. Al respecto, dicen Beatriz Ramírez y Raúl Anzaldúa:

pasamos del sujeto que engarzaba su valía en la educación y configuraba su formación en la transmisión de saberes, ideologías y prácticas de trabajo a los sujetos de las pantallas, que exigen de un conocimiento virtual (sin experiencia corporal) y un reconocimiento inmediato de sí; sin esfuerzo ni trabajo de por medio, sin vínculo directo, sin el riesgo de la frustración y de la carencia (Ramírez Grajeda y Anzaldúa Arce, 2014: 175).

En lo efímero de las relaciones sociales en el internet, no hay cabida para el enfrentamiento. Si alguien o algo no nos gusta, simplemente se elimina de los contactos. Una realidad a modo, sin peligros, sin ataduras, sin el otro real. Las generaciones nacidas en la explosión de la era digital están acostumbradas a vivir delante de la pantalla. Giovanni Sartori plantea: “La televisión no es sólo instrumento de comunicación; es también, a la vez, *paideia*, un instrumento ‘antropogenético’, un *médium* que genera un nuevo *anthropos*, un nuevo tipo de ser humano” (Sartori, 1998: 36). Aunque esta cita pareciera arrancada de la ciencia ficción, se revela como parte de la realidad instituida en la era digital. La gente ya no memoriza conceptos ni pregunta una dirección a su semejante, ¿para qué, si todo está en Google? La memoria, los recuerdos y la capacidad de pensar han sido

depositados poco a poco en el internet. ¿A esto llamamos inteligencia artificial? El sujeto liberado de su capacidad de crear. El *Homo Digitalis* –como lo nombra Martínez Ojeda (2006) en su investigación sobre la etnografía de la cibercultura– vive tratando de captar la realidad en su teléfono celular para subirla a la red; fotografiando desde los atardeceres hasta sus alimentos, grabando los conciertos de música como si no bastara con el simple acto de *estar en el lugar*. Hay que compartir.

En los manuscritos de economía y filosofía, cuando Marx desarrolla sus ideas sobre el trabajo enajenado, menciona que el proletariado que trabaja en una fábrica se encuentra enajenado porque no se reconoce en aquello que hace, en la actividad que realiza no se siente como persona, como sujeto en su totalidad (Marx, 1980). La soledad y el aislamiento que se evidenciaron con la pandemia detonaron la pérdida de la capacidad de ser sujeto en el sentido creativo. Para Michel Foucault: “El sujeto se encuentra dividido en su interior o dividido de los otros. Este proceso lo objetiva. Algunos ejemplos son el loco y el cuerdo, el enfermo y el sano, los criminales y los ‘buenos muchachos’” (Foucault, 1988: 3). En el terreno de la educación, por poner un ejemplo cercano, profesor y estudiante se reconocen en la totalidad y también se dividen o se separan por los pasillos del acto educativo, del mismo modo en que los sujetos se constituyen a partir de la necesidad del otro. No es la fusión de otredades devorándose, sino la contienda por ser o existir. El conocimiento también es una relación de poder. Para ser sujeto hay que reconocerse en los otros, pero sin desaparecer.

En la investigación social a través de los medios digitales, la enajenación se refleja en la separación de la realidad presente, es decir, del conocimiento por el conocimiento, alejado del otro como principio de la realidad social. Byung-Chul Han, en su libro titulado *En el enjambre*, escribe:

Los individuos que se unen en un enjambre digital no desarrollan ningún *nosotros*. Éste no se distingue por ninguna concordancia que consolide la multitud en una masa que sea sujeto de acción. El enjambre

digital, por contraposición a la masa, no es coherente en sí. No se manifiesta en ninguna voz. Por eso es percibido como ruido (Byung-Chul Han, 2014: 16).

El lenguaje pierde sentido. La capacidad de ser sujeto se extravía en el ruido incesante de la red y de la explosión informativa que lo inunda todo. El anonimato, lo impersonal y lo efímero median las relaciones intersubjetivas que constituyen las acciones del yo en su experiencia vivida con el otro (Bauman, 2003; Lipovetsky, 1998). La digitalización de la vida social hace que se cierren los espacios para la acción común e impide la formación de un poder contrario que cuestione el orden establecido, es decir, la capacidad crítica y creativa del investigador. Aunque parezca lapidario, es así. El peligro está en recibir investigaciones efímeras, impersonales, que no se anclen al mundo físico. La construcción de la subjetividad a través de la experiencia vivida cobra otros sentidos en el mundo virtual. ¿Lo viví, lo soñé o lo imaginé? No importa mientras suceda en el internet.

Algunos críticos de dicho fenómeno, como Giovanni Sartori en *Homo videns: La sociedad teledirigida*, han resaltado el carácter educador de la televisión. Dice, por ejemplo: “La televisión no es un anexo; es sobre todo una sustitución que modifica sustancialmente la relación entre entender y ver” (Sartori, 1998: 36). Esa modificación entre entender y ver, de la que habla Sartori, es un asunto que ha impactado en los procesos de la investigación social, a tal grado que han surgido numerosas plataformas y aplicaciones que incentivan el conocimiento a través de lo visual, desplazando al acto de abstraer como una ruta del entendimiento que opera e incide en la realidad, por el acto de ver o mirar como una forma del espectador a salvo. Una investigación social sin riesgos representa, paradójicamente, un gran riesgo para el sentido constructivo de la sociedad.

A la hora de investigar, no se puede asistir pasivamente a la producción de la subjetividad. Desde el ámbito de lo social, la realidad es una producción de nuestra mente anclada en la experiencia subjetiva de vivir con otro y el mundo en su dimensión material. La realidad en sí misma no existe, sino mediada por el carácter subjetivo de

la historia y por su lenguaje que todavía, a pesar de todo, nos permite coexistir. Éste es el reto que se abre para la investigación social en la era del internet. Se puede perder el rumbo, pero no naufragar.

Conclusiones

Tal vez el resultado de este texto, que tiene sus orígenes en la propia experiencia docente, tenga un tono pesimista. No ha sido la intención. Más bien, nos interesa dejar algunas ventanas para reflexionar sobre lo que significa el acto de investigar, en sus concepciones más básicas e imprescindibles a la hora de construir conocimientos: el acto de pensar, relacionarse y construir conocimiento en las ciencias sociales y las humanidades.

La resignificación del internet en los asuntos de las relaciones sociales y humanidades, más allá del plano del reconocimiento de su utilidad como herramientas (su condición externa), nos invita al estudio de sus cualidades internas, es decir, su capacidad de incidir en la construcción de nuevos sujetos, nuevas realidades y, claro está, nuevas formas de hacer y pensar la investigación social de nuestro tiempo. No podemos negar que la humanidad cambió con la revolución industrial. Las máquinas y herramientas aumentaron la producción y, en consecuencia, la reproducción de la vida social. No sólo en el trabajo, sino en todas sus esferas sociales. Del mismo modo, con la instalación del internet en cada espacio social, cultural y político, las sociedades se reconfiguran rápidamente en sus formas de interacción y, nos atrevemos a decir, en sus formas de generar conocimiento.

Es importante tener en cuenta la capacidad de síntesis de las TIC en nuestros días, al congregar una infinidad de aplicaciones en un dispositivo celular o una computadora. El acceso a esas tecnologías se ha popularizado en la sociedad, a tal grado que casi todos estamos conectados. Todo está en la red. El espacio, entendido como un sistema de objetos y acciones indisoluble, ha estallado en la virtualidad. Con el libre intercambio de contenidos, en el deseo de expresarse y compartir sus experiencias en la inmediatez, se ha creado un círculo

vicioso que nos lleva de lo tecnológico a lo social y de lo social a lo tecnológico. Somos, a la vez, el medio y el mensaje. El ciberespacio es la zona fértil para la creación colectiva (Cobo Romani y Pardo Kuklinski, 2007). Entre sus ventajas está la liberación de la teoría de los libros, que ahora circula de forma libre en el internet. El libre acceso a la información constituye un alivio para los que nos dedicamos a la investigación, ya sea con fines académicos, científicos o por el simple goce de hallar respuestas a algo que inquieta. El fin de los expertos y la privación del conocimiento por parte de las universidades.

Si consideramos que, en sus raíces más profundas, la investigación social es un acto creativo donde la duda, la curiosidad y el asombro han sido cualidades que la acompañan desde sus orígenes, no debemos perder esa brújula en estos tiempos en que la tecnología se ha posicionado en todos los sectores de la vida social como una salida fácil y sin riesgos. Ya que, como dijera Manuel Zapata Olivella, “la acumulación de tecnología priva al humano del derecho ontológico de ser un creador” (en Martínez Ojeda, 2016). Uno de los peligros de usar las TIC al momento de investigar es olvidar lo valioso que es equivocarse, tener ideas inconclusas o puntos de vista encontrados. Depositar en la tecnología la capacidad de pensar, recordar y sentir es una salida fácil, una evasión al compromiso social que tiene el acto de investigar en las sociedades. No hablemos de la inteligencia artificial, ya que eso nos tomaría un capítulo más, pero cabe reconocer algunas ventajas que se producen por el bien social.

La crisis de las ciencias sociales desde hace ya unas décadas nos invita a renovar la actitud del investigador y la investigadora en la era del internet. Tal vez debamos aprender de lo intrépido del *hacker* o la frescura del *youtuber* a la hora de plantearse una pregunta o dibujar mentalmente una hipótesis. Superar el pensamiento inocente de creer que un teléfono celular sobre la mesa de estudio es un instrumento tan común y cotidiano como un libro o un vaso de café, por decir algo. Un aparato de esos representa mucho más de lo que imaginamos en nuestras formas de relacionarnos.

No se trata de cerrar las puertas al cambio, sino reconocer que el binomio tecnología-investigación nos representan nuevos desafíos,

sobre todo en el plano de la automatización de la razón, de lo sensible, del encuentro con los otros. La sociedad cambió decididamente. Por lo tanto, no podemos seguir haciendo investigación social bajo los mismos paradigmas que la razón moderna erigió. Los investigadores tenemos el enorme reto de incentivar que el internet ayude al desarrollo de la investigación social, pero también a que la investigación social ayude al desarrollo del internet. Tenemos el reto de construir un híbrido entre los datos y el pensamiento crítico, donde la investigación social siga siendo un espacio formativo que valore el error, lo inacabado y lo imperfecto que, de alguna manera, celebra la belleza de pensar, sorprenderse y seguir buscando incansablemente una pista, un guiño, una huella de eso que llamamos “verdad”.

Referencias

- Amorós García, Marc (2018), *Fake News. La verdad de las noticias falsas*, Plataforma Editorial, Barcelona.
- Arfutch, Leonor (2002), *El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Aristóteles (1988), *Política*, Gredos, España.
- Augé, Marc (1993), *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, España.
- Bachelard, Gastón (2000), *La formación del espíritu científico. Contribuciones a un psicoanálisis subjetivo*, Siglo XXI, México.
- Bauman, Zygmunt (2001), *La sociedad individualizada*, Cátedra, España.
- Bauman, Zygmunt (2003), *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Bauman, Zygmunt (2019), *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas (2006), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Borges, Jorge Luis (1988), *El libro de arena*, Alianza Editorial, Buenos Aires.

- Bouza, Fermín (2002), “Innovación tecnológica y cambio social”, en Xan Pérez Bouzada (coord.), *Las encrucijadas del cambio social. Homenaje al profesor José Luis Sequeiros Tizón* (pp. 85-97), Universidad de Vigo, España.
- Castells, Manuel (2000), *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. I, La sociedad red*, Alianza Editorial, Madrid.
- Cobo Romani, Cristóbal y Pardo Kuklinski, Hugo (2007), *Planeta WEB 2.0. Inteligencia colectiva o medios fast food*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- Elias, Norbert (1989), *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Fals Borda, Orlando (1978), *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*, Tercer Mundo, Colombia.
- Foucault, Michel (1998), *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires.
- Han, Byung-Chul (2020), *En el enjambre*, Herder, España.
- Harvey, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio social*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Lasalle, José María (2019), *Ciberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*, Arpa y Alfíl Editores, Barcelona.
- Lévy, Pierre (1999), *¿Qué es lo virtual?*, Paidós, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (1998), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, España.
- Martínez Ojeda, Betty (2006), *Homo Digitalis: Etnografía de la cibercultura*, Corcas Editores, Bogotá.
- Marx, Karl (1980), *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza Editorial, Madrid.
- Morozov, Evgeny (2018), *La locura del solucionismo tecnológico*, Katz Editorial, Buenos Aires.
- Osten, Manfred (2008), *La memoria robada. Los sistemas digitales y la destrucción de la cultura del recuerdo. Breve historia del olvido*, Siruela, España.
- Pacheco-Méndez, Teresa (2017), “Las ciencias sociales mediadas por las TIC”, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, vol. 12, núm. 34, pp. 179-195.

- Ramírez Grajeda, Beatriz y Anzaldúa Arce, Raúl Enrique (2014), "Subjetividad y socialización en la era digital", *Argumentos*, vol. 27, núm. 76, pp. 171-189.
- Richter Morales, Ulrich (2018), *El ciudadano digital. Fake news y posverdad en la era de internet*, Océano, México.
- Sartori, Giovanni (1998), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, España.
- Spitzer, Manfred (2013), *Demencia digital*, B.S.A. Ediciones, Barcelona.
- Stenhouse, Lawrence (2007), *La investigación como base de la enseñanza*, Morata, Madrid.
- Stephens-Davidowitz, Seth (2019), *Todo el mundo miente. Lo que internet y el big data pueden decir de nosotros*, Paidós, México.
- Turpo Gebera, Osbaldo Washington (2008), "La netnografía: un método de investigación en Internet", *EDUCAR*, vol. 42, pp. 81-93.
- Vygotsky, Lev (2013), *Pensamiento y lenguaje*, Paidós, México.
- Yañez Vilalta, Adriana (2011), *El tiempo y lo imaginario*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Zemelman, Hugo (2021), "Pensar teórico y pensar epistémico: los retos de las ciencias sociales latinoamericanas", *Espacio Abierto*, vol. 30, núm. 3, pp. 234-244, [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12268654011>].

Audiovisuales

- Herzog, Werner (2016), *Lo and Behold. Sueños de un mundo conectado*, Magnolia Pictures (Netflix).

Fecha de recepción: 29/01/25

Fecha de aceptación: 02/06/25

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202563271-294